

remedio aunque vuelva Langaruto; pero no tengo espíritu para resolverme tan pronto; yo ruego á usted que me deje desahogar, que yo le prometo por lo que más estimo que no pasarán cuatro días sin que nos unamos.

A este tiempo entró doña Matilde con Pomposa, é impuestas de lo que se trataba, instaron ambas á doña Eufrosina para que fuera todo luego luego; pero ni lo que éstas le hicieron presente, ni otras reflexiones muy juiciosas y oportunas que le hizo mi tutor, la hicieron variar de resolución, y sólo se ofreció de nuevo que cumpliría su primera oferta.

A poco rato nos despedimos, repitiendo el coronel á las señoras Langaruto, que le avisaran de cualquiera novedad ó cosa que se les ofreciera, y de si había alguna noticia de don Dionisio, prometiendo hacer lo mismo por su parte.

En la tarde y otros dos días siguientes á mañana y noche estuvimos yendo á visitarlas, consolarlas é instarlas porque se fueran á casa de mi tutor; mas doña Eufrosina no salía de lo dicho, y la mañana del día cuarto, que por haber amanecido indispuerto el coronel no fuimos, se metieron á las ocho de la mañana un juez, un escribano, algunos acreedores y otro á quien habían nombrado depositario. Tomaron á doña Eufrosina y á algunos criados declaración jurada del día y modo como se había marchado don Dionisio, y en seguida fueron

entregando todo por inventario al depositario, diciendo en seguida á doña Eufrosina que en el momento debía salir de la casa con su niña llevándose sus camas, ropa de uso, cofres de ella y unas imágenes, que por favor le concedieron, manifestándole que lo hacían los acreedores por generosos, y no porque ella lo merecía, pues que había causado en parte la dilapidación de los bienes.

La infeliz Eufrosina en situación tan triste tuvo que implorar el favor de Matilde y el coronel, que la admitieron en su casa como habían prometido, con bastante amor y caridad. Se entiende que ni á ella ni á Pomposita les faltaba que comer ni estimación; pero sí los chiqueos y contemplaciones á que estaban acostumbradas. La falta del coche atormentaba á doña Eufrosina más que la de su marido, y Pomposita extrañaba las tertulias y visitas de sus adoradores, aún más que sus antiguas comodidades.

Apenas pasaron tres meses en que fué disminuyendo el llanto y la tristeza, cuando las dos, diz que para disipar la melancolía, comenzaron á recorrer las casas de las amigas y trataron de establecer una tertulia para entretenerse por las noches.

No le pareció bien al coronel semejante designio, y desde luego se opuso con firmeza. Doña Eufrosina, poco acostumbrada con su marido á semejantes oposiciones,



se incomodó altamente, y desde ese día se turbó la paz que debía haber sido perdurable.

Ésta acabó de romperse á causa de algunos señoritos que, perpetuos centinelas de Pomposa, todos los días, todas las noches y á todas horas rondaban la casa, acechando un descuido para entrar, seduciendo á los criados y haciendo las acostumbradas diligencias para hablarle dos palabras á la niña.

Luego que el coronel fué advertido por su esposa de los desórdenes que había en el particular, llamó á solas á su sobrina y la reprendió seriamente por sus locuras.

El resultado fué que Pomposa entró llorando al cuarto de su madre, se quejó con ella del duro tratamiento de su tío, ponderando y mintiendo como le pareció, con lo que consiguió que Eufrosina se irritara con su cuñado, á quien le dijo:

—¿Qué piensa usted, hermano, que mi hija es huérfana de padre y madre para que así me la maltrate? Si lo hace usted por el rincón y por el bocadito que nos da, por cierto de ello, para nada necesito pan con cordo-nazo, y con mudarnos noramala está todo compuesto, que á bien que cuando Dios amanece, amanece para todos.

—Así es, mamá, prosiguió Pomposa; usted no desconfíe, que Dios tiene más que dar que nosotros que

pedir; su providencia vela sobre la conservación de sus criaturas, y no abandona ni á los pajarillos, ¿cómo nos ha de abandonar á nosotras, que somos mejores que los pájaros, según nos dice donde dice: *multis passeribus meliores estis vos?*

—Vea usted, señora, decía el coronel; aquí era buen lugar para hacerle ver la mala educación que le ha dado á esta niña, y cuanto ella ha sabido imitar los ejemplos que ha visto, haciéndose una ignorante, presumida y malcriada.

—Poco á poco, señor don Rodrigo; poco á poco, decía Eufrosina. Sírvase usted de no maltratar á mi hija, y mucho menos en mi presencia; pero ya usted y yo no hemos de hacer migas; lo mejor será quitar el banco. Vístete, niña.

Ninguna persuasión del coronel ni de Matilde bastaron á contener aquel genio intrépido y resuelto. En aquella misma hora se salieron las dos sin despedida, y á la tarde enviaron por sus camas y pocos trastes.

El coronel tenía resolución; y así, aunque previó las consecuencias de la separación de su cuñada, no se opuso. Dejó sacar los muebles, y sólo se ocupó en tranquilizar á su mujer y á su hija, que estaban muy apesadumbradas por el lance.

Doña Eufrosina no se fué á hospedar á parte alguna,



sino á visita á casa de Carlota, donde habló del coronel y su familia mil primores. En esta conversación salió á la plaza la economía del gasto, el mal genio del cuñado, lo chismoso de Matilde, las monerías de Pudenciana, lo ridículo de su marido, las groserías de los criados, y cuanto podía conducir á que Carlota, formando mal concepto de aquellas casas, se pusiera de parte de Eufrosina.

¡Qué buena recompensa dió ésta á unos deudos que siempre la habían estimado y que la estaban actualmente favoreciendo! ¿Pero son otros los agradecimientos que dan las gentes, por lo ordinario, de los beneficios que reciben? Comen, beben, pasean, se divierten, y cuando salen de las casas, se hacen lenguas para desacreditar á los dueños en prueba de su noble gratitud.

No en balde se resisten muchos para admitir huéspedes, que les aumenten gastos, que se informen de sus interioridades y que después salgan á pregonar por todas partes sus defectos y los de su familia.

Carlota, que como se ha dicho era una dama muy juiciosa y amaba de preferencia á Matilde, procuró cortar tan odiosa conversación, preguntando á Eufrosina cuál era su última resolución, y esta pregunta la hizo con harto miedo, pues temía que aquellas buenas señoras quisieran encajarse en su casa; pero Eufrosina

calmó su temor, diciéndole que le comprase ó le enviase á vender un hilo de perlas muy bueno que llevaba, mientras ella iba á buscar casa, porque á la tarde se había de mudar aunque se viniera el cielo abajo. Carlota ofreció hacer la diligencia con todo empeño, y Eufrosina marchó para la calle.

Cada una de las dos concluyó felizmente su negocio: Carlota vendió bien el hilo, y Eufrosina encontró, aunque no casa sola como quería, sí una buena vivienda principal en una casa de poca vecindad, pues abajo sólo tenía dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

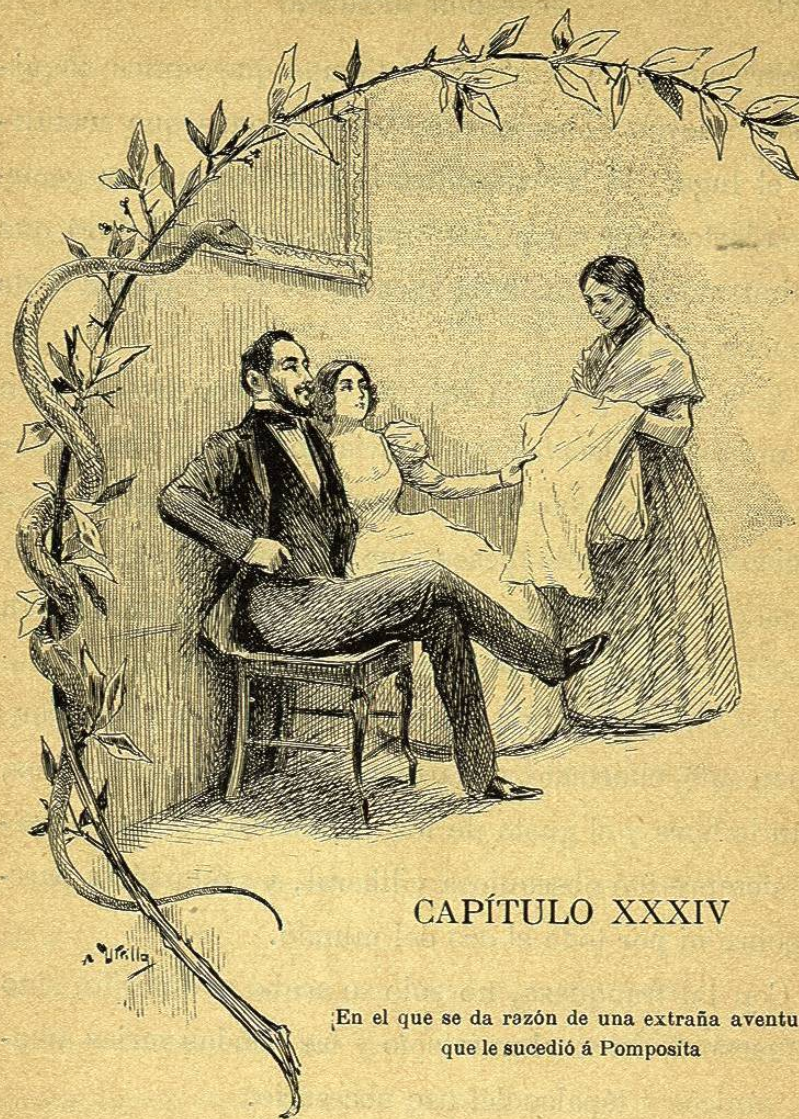
Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envió Eufrosina por sus trastes, los puso en su casa, fué á una almoneda, compró otros varios muebles y se habilitó de la primera criada que encontró.

Luego que estuvo todo corriente, volvió á casa de Carlota, que le dió trescientos cincuenta pesos que habían dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le dió las gracias por su empeño. Carlota, que no creía su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió también con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atención de dar parte á su cuñado de la casa nueva; pero por Welster y Carlota



supimos su método de vida y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capítulo que sigue, para ver el fruto de una mala educación y peor dirección de una madre sin juicio ni talento.



#### CAPÍTULO XXXIV

En el que se da razón de una extraña aventura que le sucedió á Pomposita

Nadie debe extrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes conocidos y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida; conocemos y tratamos á muchos sujetos en diversos tiempos y lugares; pero de éstos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos